



AVALLONE

El hombre que sabía demasiado

BERNARD-HENRI LÉVY ha investigado el destino que sufrió el periodista Daniel Pearl; se ha introducido bajo su piel para escribir esta novela

TAHAR BEN JELLOUN - 05:16 horas - 16/05/2003

Qué es un "auténtico novelista"? Es aquel, nos dirá Balzac, que ha "excavado todos los recovecos de la vida social", dado que "la novela es la historia privada de las naciones". El último libro de Bernard-Henri Lévy, "¿Quién mató a Daniel Pearl?"

(Grasset, 538 páginas, 20 euros), se inscribe en el surco de esta historia privada de las

naciones sin descuidar por ello "la excavación" llevada a cabo hasta sus últimas consecuencias. La vida y luego la muerte trágica del periodista estadounidense de "The Wall Street Journal", Daniel Pearl, no constituyen, por desgracia, materia de ficción. Se trata de una brutal realidad.

El 31 de enero del 2002, este joven sonriente y generoso dejó de vivir: secuestrado por "locos de Dios", sería decapitado en Karachi. ¿Por qué? ¿Cómo fue posible? ¿Con qué propósito se preparó y ejecutó tal acto de barbarie?

La prensa de todo el mundo se sintió conmovida ante este asesinato, que casi formaba parte de esos famosos "daños colaterales" de una guerra que no había acabado del todo... y que ya no interesaba a la masa.

Decenas de periodistas mueren cada año en el desempeño de su oficio. Daniel Pearl no saltó por los aires al pisar una bomba ni fue víctima de una bala perdida. No, fue elegido, a continuación secuestrado y, por último, condenado a ser decapitado. Una muerte que nos obsesiona y nos cuestiona. Bernard-Henri Lévy no conocía personalmente a este periodista, a quien podría habérselo encontrado al azar en un lugar de Afganistán o de Pakistán. Sin embargo, el destino de este hombre, judío y estadounidense, magnífico corresponsal y buen conocedor de la región, amigo del mundo árabe-musulmán y buen analista de esta modernidad que fustiga los fanatismos y los desvíos del islam, encontró un día barrado el paso, interceptado por la barbarie irracional, por la negativa a establecer un "vínculo", por la exclusión de toda palabra compartida. Y aquí es donde el novelista entra en acción. No se trata de proceder a una investigación para dar cuerpo a un artículo periodístico, sino de apurar al máximo una investigación y de recorrer la senda, ponerse en la piel y la memoria de la víctima a fin de que el lector que sólo ha oído la noticia por radio o la ha visto en televisión pueda abandonar su actitud circunspecta y cómoda y sienta cómo son las últimas horas e instantes que preceden a la ejecución de un inocente. Bernard-Henri Lévy ha investigado el destino que sufrió Pearl. Se ha introducido bajo su piel.

De esta forma, Daniel Pearl ha “regresado” a Pakistán y ha explorado los pliegues y recovecos de una sociedad donde se cuecen los días de tinieblas, se tramam los complots contra la modernidad, la democracia, el individuo y los logros de varias revoluciones. Todo ello rinde una novela sólida y palpable, esto es, una realidad sustentada en hechos verificables aunque conformada a la imaginación, al poder y la energía de la escritura, a las exigencias de la literatura. Esta novela presenta dos personajes principales: Daniel y Omar, víctima y asesino.

Bernard no se hace pasar en ningún momento por Daniel. Sin embargo, reconstruye su itinerario, se pone en camino sobre las huellas que han dejado sus pasos, recorre los mismos lugares, trata a las mismas personas; en suma, lleva a cabo su tarea de investigador y de novelista. Y lo que descubrimos es extraordinario: en primer lugar, la personalidad del asesino, Omar Sheikh. Se trata de un joven anglo-pakistaní que ha estudiado en la London School of Economics y proviene de una familia acomodada que vive al estilo occidental. Es un próspero hombre de negocios de la City de Londres, lo más opuesto que concebirse pueda a los “barbudos” talibán, que suelen ser analfabetos. Y, pese a todo, presenciaremos cómo este hombre une su destino al de una “secta” oscurantista que preconiza y ensalza el asesinato del periodista impío que informa sobre los hechos tanto en tiempos de guerra como de paz. Como escribe Bernard: “Este enemigo de Occidente es un producto de Occidente. Este ferviente defensor de la yihad se ha formado en la escuela de las Luces y del progreso”. Por otra parte, una de sus antiguas amigas le describe como “un ángel, el más afable, el más exquisito y sensible, el menos desabrido de los muchachos”. Bernard, al término de su investigación, manifiesta que “se ha matado a Pearl menos por lo que pensaba o hacía que por lo que era”. Estadounidense y judío. Sin duda. Pero, ante todo, una persona abierta, de diálogo. Los fanáticos detestan a quienes establecen vínculos, quienes tienden puentes entre dos culturas, entre dos civilizaciones. Sólo aprecian a los adversarios que se les asemejan y a quienes, por otra parte, no atacan.

Comprobamos, asimismo, que tras este folklore trágico –sembrado de muertos más allá de toda comprensión y en cuyo seno el islam es meramente un estuche o apariencia, un velo que cubre una realidad sombría e ignorada– alienta un negocio, una mafia que se enriquece, que maneja millones de dólares y aterroriza tanto a pueblos musulmanes como también no musulmanes. Un negocio en el que el tráfico de droga induce blanqueo de dinero, componendas y chanchullos bajo pretexto de “salvar el islam” de un “complot” planetario. Y así, del sentido primigenio y hondo del islam –sumisión y entrega a la paz– se pasa a una ideología lamentable que significa sumisión al odio.

A Pearl le mataron porque fue “demasiado lejos” en sus investigaciones. Pakistán es un país inestable, retaguardia de los talibán, foco de irradiación del islamismo radical, potencia nuclear que preocupa a sus países vecinos, etcétera. Es, al propio tiempo, un Estado que mantiene relaciones ambiguas con EE.UU.

Resulta apasionante, en este libro, el matrimonio de la realidad más precisa y exacta con la imaginación de un escritor que escruta el pasado de un hombre que morirá por haber desempeñado demasiado bien su oficio de periodista. Se trata de la novela sobre “el hombre que sabía demasiado”. Su lectura no nos aporta sosiego. Nos recuerda que el planeta está minado y que el porvenir corre el peligro de ser confiscado por el odio y el terror. Su lectura nos deja presos de

angustia y congoja. Es el poder de la literatura cuando atiende a las realidades de la historia inmediata.

TAHAR BEN JELLOUN, escritor, premio Goncourt 1987

Traducción: José María Puig de la Bellacasa

LA VANGUARDIA, el diario más vendido en Catalunya Control OJD-WWW
Copyright La Vanguardia Ediciones S.L. y Iniciativas Digital Media S.L. All Rights
Reserved Aviso Legal